su comision, diónos una rociada de leña seca, sacudiéndonos el polvo del hatillo, de manera que nos levantó ronchas por todo el cuerpo debajo de la camisa, con que tambien perdí mi crédito ganado, trayéndome de allí adelante sobre ojos (como dicen), de donde comenzó mi total perdicion, de la manera que sabrás adelante.

CAPÍTULO VI.

En que Guzman de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero hasta salir despedido de él.

Mucho se debe agradecer al que por su trabajo sabe ganar; pero mucho mas debe estimarse aquel que sabe con su virtud conservar lo ganado. Mucho me forzaba la voluntad en agradar, aunque mas me tiraba la mala costumbre de la vida pasada; y así, lo que hacia (como cosa contrahecha) eran las obras de la mona: que la gloria falsamente alcanzada, poco permanece y presto pasa. Fuí como la mancha de aceite, que si fresca no parece, brevemente se descubre y crece: ya no se fiaban de mí; llamábanme uno cedacillo nuevo, otro la gata de Venus; y se engañaban, que mi natural bueno era, y en el mio ni lo aprendí ni lo supe, yo le hice malo, y le dispuse mal: enseñáronmele la necesidad y el vicio: allí me afiné con los otros ministros y sirvientes de casa. Ladrones hay dichosos que mueren de viejos; otros desdichados, que por el primer hurto los ahorcan. Lo de los otros era pecado venial, y en mí mortal; fué muy bien, pues degeneré de quien era haciendo lo que no debia: perdíme con las malas compañías, que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, humo que ahoga, hechizo que enhechiza, sol de marzo, áspid sordo, y voz de sirena. Cuando comencé á servir procuraba trabajar y dar gusto; despues los malos amigos me perdieron dulcemente; la ociosidad ayudó gran parte, y aun fué la causa de todos mis daños. Como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe. Es la ociosidad campo franco de perdicion, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de cizaña, escardadera que entresaca las buenas costumbres, hoz que siega las buenas obras, trillo que trilla las honras, carro que acarrea maldades, y silo en que se recogen todos los vicios. No puse los ojos en mí, sino en los otros; parecióme lícito lo que ellos hacian, sin considerar, que por estar acredi-

tados y envejecidos en hurtar les estaba bien hacerlo, pues así habian de medrar, y para eso sirven á buenos. Quise meterme en docena, haciéndome como ellos, no siendo su igual, sino un pícaro desandrajado; pero si disculpas valen, y la que diere se me admite, como tan libremente veia que todos llevaban este paso, parecióme la tierra de Jáuja, y que tambien habia de caminar por allí, creyendo (como dije) ser obra de virtud, aunque despues me desengañaron, que pensé bien y entendí mal; porque la gracia de esta bula solo la concedió el uso á los hermanos mayores de la cofradía de ricos y poderosos, á los privados, á los hinchados, á los arrogantes, á los aduladores, á los que tienen lágrimas de cocodrilo, á los alacranes que no muerden con la boca y hieren con la cola, á los lisonjeros que con dulces palabras acarician el cuerpo, y con amargas obras destruyen el alma. Estos tales eran á quien todo les estaba bien, y en los como yo era maldad y bellaquería; engañéme con mi engaño, me desenvolví de manera, que desde muy lejos me conocieran la enfermedad, aunque todo era niñería de poca estimacion: suelen decir que el postrero que sabe las desgracias es el marido. De todas estas travesuras, por maravilla llegaban de mil una á los oidos de mi amo; ya porque los agradaba no querian ponerme mal, y me echara de casa, ó ya porque, aunque me lo reñian, viendo que todo el mundo era uno, de nada se admiraban; mas por algunos descuidos mios, y cosas que se traslucian algo, andaba ya escaldado mi amo conmigo, andábame á las espuelas para cogerme. Aconteció que le llamaron para un banquete de un príncipe extranjero, nuevamente venido á la corte: mandóme ir con él para trasponer el cebollino, resultas de la cocina, segun el uso y costumbre. Luego que fuímos á la posada se nos hizo el entegro: mi amo comenzó á destrozar, dividir y romper con grandísima destreza, poniendo géneros aparte, y de cada cosa lo que le pertenecia, conforme á su arancel; porque con otros cuidados no hubiese algun descuido, y se mezclasen las acciones, siendo justo *dar lo de César á César,* y posesionarse cada cual en su hacienda. Despues al cerrar de la noche habíame mandado traer costales, comenzólos á estivar de maestro, y poniéndomelos al hombro, á tiempo y de manera que no pudiera ser visto, me hizo dar cuatro caminos, que ninguno me vagaba el resuello, segun iba de cargado. Cada uno y todos parecian el arca de Noé, y no sé si en ella hubo de tantos individuos, ó Dios despues los crió. Ya que tuve acabada mi faena, mandóme aderezar la lumbre, calentar agua, pelar y perdigar, en que ocupé gran parte de la noche. Al bueno de mi amo no se le cocia el pan, andaba con sobresalto, sin sosiego, cuidadoso que su mujer estaba sola, y no podria poner en órden tanta hacienda, ó que no sucediese algun torbellino, y con este alboroto me dijo: Guzmanillo, vete á casa, pon cobro en

lo que llevaste, abre los ojos, y mira por todo, di á tu señora que acá me quedo; ten cuenta con la casa, y en amaneciendo ven aquí volando. Hícelo así, doy á mi ama el recado, pido garabatos y sogas, púselas por unos corredores colgando al patio; allí ensarté los trofeos de la victoria. Era gloria de ver la varia plumajería del capon, de la perdiz, de la tórtola, de la gallina, del pavo, zorzales, pichones, codornices, pollos, palomas y gansos, que sacando por entre todo las cabezas de los conejos, parecian salir de los viveros. Colgué á otra parte perniles de tocino, piezas de ternera, venado, jabalí, carnero, lenguas, lechones y cabritos: entapizóse nuestro patio á la redonda en muy buenos clavos que puse, de manera, que (á fe mia te prometo) segun lo que allí campeaba, me pareció haber traido de cinco partes las dos, y faltaban por venir los siete infantes de Lara, que no estaba con esto acabado: ello quedó muy bien acomodado, y yo muy de veras cansado, que lo trabajé muy bien, aunque se me lució muy mal, pagándomelo peor. Mi ama vivia en un aposento bajo, dejóme como el escarabajo, el peso á cuestas, y fuése á dormir; debió de cenar salado, que cargó delantero, conforme á su costumbre antigua. Yo (acabada la tarea) hice lo mismo, subíme á la cama; hacia tanto calor, que por buen rato me entretuve rascando y dando vuelcos, hasta que con algunas malas ganas me dejé ir á media rienda por el sueño adelante; anduve galopeando con él y con la manta, que sábanas no se usan dar, ni mas que un jergon viejo á los mozos de mi tamaño en aquella tierra, cuidadoso de madrugar, como mi amo me lo habia mandado. Veis aquí, Dios en hora buena (serian como las tres de la madrugada, entre dos luces), oigo andar abajo en el patio una escaramuza de gatos, que hacian banquete con un pedazo de abadejo seco, traido acaso por los tejados de casa de algun vecino, y como de suyo son de mala condicion, que no sabreis cuando están contentos, como los viejos, ni quieren aun comer callando, que de todo gruñen, ó bien sea que quieran decir que sabe bien, ó que no está bueno de sal, con el ruido de su pendencia me despertaron, púseme á escuchar, y dije: Seria el diablo, si la pesadumbre de esta buena gente fuese sobre la capa del justo, y estuviesen á estas horas riñendo por la partija de mis bienes, de modo que pagasen mis huesos la carne que comiesen, metiéndome con mi amo en deuda y en pendencia. Yo estaba en la cama como nací del vientre de mi madre; no creí que alguien me viera; salto en un pensamiento, y como si á mi linaje todo llevaran Moros, y aquella diligencia valiera su rescate, doy á correr y trompicar por las escaleras abajo por llegar á tiempo, y no fuese como en algunos socorros importantes acontece. Mi ama, como se acostó primero, llevóme muchas ventajas, y mas el estar holgada, corria sobre cuatro dormidas, como gusano de seda, y frezaba para levantarse: oyó el mismo rebato, debiósele de antojar que yo soñaria, y en buena razon así debiera ello ser, parecióle que no lo oyera. Ella, aunque se acostaba vestida, siempre andaba en cueros, y esta vez lo estaba, sin tener sobre los heredados de Eva camisa ni otra cobija; y así desnuda, sin acordar de cubrirse, salió corriendo, desvalida, con un candil en la mano á reparar su hacienda. Su pensamiento y el mio fueron uno, el alboroto igual, y la diligencia en causa propia, el ruido de ambos poco, por venir descalzos. Véisnos aquí en el patio juntos, ella espantada en verme, y yo asombrado de verla. Ella sospechó que yo era duende, soltó el candil, y dió un gran grito; yo atemorizado de la figura, y con el encandilado, dí otro mayor, creyendo seria el alma del despensero de casa, que habia fallecido dos dias antes, y venia por ajustarse de cuentas con mi amo. Ella daba voces, que la oyeran en todo el barrio; yo con las mias, fué poco no me oyese toda la villa: fuése huyendo á su aposento, yo quise hacer lo mismo al mio, dieron los gatos á huir, tropecé con un mansejon de casa en el primero escalon, asióseme á las piernas con las uñas, pensé que ya me llevaba el que atrás vaya; pareció que me arrancaba el alma, doy de hocicos en la escalera, desgarréme las espinillas, é híceme las narices. No podia ninguno de los dos entender ó sospechar al cierto lo que el otro fuese, como todo sucedió presto, y acudimos al sonido de una misma campana, hasta que yo caido en el suelo, y escondida ella dentro de su pieza, nos conocimos por las quejas y llantos. Con esta alteracion (si el fresco de la mañana no lo hizo), á la señora mi ama la faltó la virtud retentiva, y aflojándosele los cerraderos del vientre, antes de entrar en su cámara, me la dejó en portales y patio, todo lleno de huesezuelos de guindas, que debia de comérselas enteras. Tuve que trabajar por un buen rato en barrerlo y lavarlo, por estar á mi cargo la limpieza. Allí supe que las inmundicias de tales acaecimientos huelen mas y peor que las naturalmente ordinarias: quede á cargo del filósofo inquirir y dar la causa de ello; baste que á costa de mi trabajo, en detrimento de mi olfato, le testifico la experiencia. Quedó mi ama del caso corrida, y yo mas, que aunque varon era muchacho, y en cosas tales no me habia desenvuelto: tenia tanto empacho como una doncella, y cuando fuera muy hombre, me avergonzara de su vergüenza. Pesóme muy de veras haberla visto, no quisiera tal acaecimiento por la vida; mas nunca la pude persuadir dejase de creer malicia en mí, ni bastaron juramentos para ponerla en razon, ni encaminarla á mi inocencia. Desde aquel momento me perdió toda buena voluntad, y supe despues de una vecina nuestra, á quien ella contó el caso, que sola su pena era no haberse hallado desnuda, sino haberse desañudado, que por lo demás no se le diera un pito, que eso quieren las que algo están de sí confiadas. Cuando vi que nada bastaba, luego vi mala señal, y que me habia de levantar algun falso testi-

monio para echarme de casa, poniéndome mal con su marido, como si (pobre de mí) hubiera sido la culpa; nunca mas le conocí el rostro á derechas, ni atravesó palabra conmigo. Venido el dia claro, volví á mi tahona como me fué mandado; fuí á tener con mi amo, no desplegué mi boca de lo pasado. Preguntóme ¿ si dejaba recaudo en lo de casa? Díjele que sí : ocupóme en algunas cosas, y puedo certificar que mi amo y sus compañeros, yo y los mios, ayudantes y trabajadores, teníamos mas que hacer en poner cobro á lo hurtado, que sazon á los manjares. ¡Cuál andaba todo! ¡qué sin órden, cuenta ni concierto! ¡qué sin duelo se pedia! ¡qué sin dolor se daba! ¡con qué gloria se recibia! ¡qué poco se gastaba! ¡cuánto se rehundia! Pedian azúcar para tortas, y para tortas azúcar, dos y tres veces para cada cosa. Estos banquetes tales llamábamos jubileos, porque iba el rio vuelto, y sobreaguados los peces. Con esto creí, que pues era (como dicen) el pan de mi compadre, y el duelo ajeno, que no tenia yo menos colmillos para ganar esta indulgencia, que tambien estaba mi alma en mi cuerpo, sin faltarme tilde ni hebilleta de hombre, y siquiera de las migajas caidas debajo de la mesa, aun sin querer igualarme á mis iguales, fuera lícito valerme algo de la franqueza, gozando del barato. Yo estaba cansado de pelar aves, limpiar almendras y piñones, calentar aguas, y otras cosas; andaba con una camisilla vieja y un juboncillo : de lo que cupo al cuartel de mi amo, habia una canasta de huevos, lleguéme por par, y echéme entre camisa y carnes unos pocos, y otros en las faltriqueras de los calzones. Ved, ya que metí la mano, en lo que vine á empacharme : mas diciendo verdad, no lo hice tanto por el interés, que fué una desventura, cuanto por decir siquiera que le dí un beso á la novia, y no se dijera que salí vírgen, ó que yendo á la corte no vi al rey. El traidor de mi amo sintiólo, y para santificarse con mi culpa asegurando su fidelidad con mi hurto, estando el veedor presente, y otros criados graves de casa, cuando quise salir á poner en cobro la pobreza, porque no se me viera, llegóse á mí como un leon, y asiéndome por los cabezones, me trajo á la melena, hollado entre los piés : bien podrás pensar cuál se puso la mercadería de bien acondicionada, pues me los deshizo todos á puntillones, corriendo las claras y yemas por las piernas abajo. Sin duda (dije entre mí) algun planeta gallinero me persigue. Quisiera decirle con la cólera : ¿Pues cómo, ladron, tienes la casa entapizada de lo que hurtaste y yo llevé, y haces alharacas por seis tristes huevos que me hallaste? ¿No ves que te ofendes con lo que me ofendes? Parecióme mas acertado el callar, que el mejor remedio en las injurias es despreciarlas. Mucho la sentí, por hacérmela mi amo, que si fuera de un extraño, no la estimara en tanto; mas hube de sufrir : no hice mas mudamiento, ni dí otra respuesta que alzar los ojos al cielo con algunas lágrimas que á ellos vinieron. La behetría del banquete se pasó, y nos fuí-

mos á casa; díjome mi amo por el camino : Que te digo, Guzmanillo, advierte, que lo que yo te dí, me importó mas de lo que piensas; ya sé que no tuve razon, mañana te compraré unos zapatos por ello, y valdrán mas que los huevos. Alegréme con la manda, porque los que traia estaban rotos y viejos; mi ama le debió de contar algunos males de mí, que desde que entramos en casa siempre mi amo me hizo un gesto de probar vinagre, sin que la ocasion llegase de comprar zapatos, que sin ellos me quedé. Como le veia torcido, procuraba de quitarle los tropezones de delante, sirviéndole con mas cuidado que nunca, sin hacerle falta, ni á cosa de la cocina en un cabello. Un dia de fiesta, como era de costumbre, se hicieron unas empanadas y pasteles, de que sobró un poco de masa, y otro dia lunes habian de correrse toros en la plaza : estaba en la basura una canilla de vaca casi entera, yo tenia necesidad para holgarme de unas blanquillas, y en un pensamiento empané mi zancarron, que como le puse, no diferenciaba por defuera de un hermoso conejo : fuíme con él á mi puesto, con ánimo de dar alguna gatada; mas como estaba de priesa no pude aguardar merchante, llegó á comprármela un cano y honrado escudero : hícele buena comodidad, concertéla en tres reales y medio, vi el cielo abierto por volverme presto; mas cuanta mi priesa era mucha, su flema era grande. Púsose debajo del brazo un reportorio pequeñuelo que llevaba en la mano, colgó del cinto los guantes y lienzo de narices, luego sacó una caja de anteojos, y en limpiarlos y ponérselos tardó largas dos horas; fué destilando del bolsico de un cinto cuarto á cuarto, y poniéndomelos en la mano, cada medio cuarto le parecia cuartillo, y le daba seis vueltas mirándole hácia el sol. Apenas me vi con mi dinero, cuando mi amo estaba conmigo, que con la falta que hice salió á buscarme; asióme del brazo, diciendo : ¿Qué prendas rematais, mancebo? El escudero estaba presente á todo esto, que no se lo quiso llevar la maldicion, para descubrir mi secreto : halléme atajado, que no supe ni pude darle autor, y por no tenerle, quedó como libro prohibido ó mercaderías vedadas, castigándome por ello, pues me pescó las monedas, diciendo : Soltad, bellaco, ¿sois vos el que me alababan? La mosca muerta, el que hacia del fiel, de quien yo fiaba mi hacienda? ¿Esto tenia en mi casa? ¿A vos daba mi pan y regalaba? ¿No mas de un pícaro? No me entreis mas en casa, ni paseis por mi puerta, quien se abate á poco no perdonará lo mucho si ocasion se le ofrece : y dándome un pescozon y un puntillon á un tiempo, y en presencia de mi merchante (que nunca mi mala suerte le despegó de allí con su flema), casi me hiciera dar en tierra : quedé tan corrido, que no supe responderle, aunque pudiera, y tuve harto paño, mas no siéndome lícito por haber sido mi amo, bajé la cabeza, y sin decir palabra me fuí avergonzado, que es mas gloria huir de los agravios callando, que vencerlos respondiendo.

VERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO VII.

Como despedido Guzman de Alfarache de su amo, volvió á ser pícaro, y de un hurto que hizo á un especiero.

En cualquier acaecimiento *mas vale saber que haber,* porque si la fortuna se rebelare, nunca la ciencia desampara al hombre; la hacienda se gasta, la ciencia crece, y es de mayor estimacion lo poco que el sabio sabe, que lo mucho que el rico tiene. No hay quien dude los excesos que á la fortuna hace la ciencia, no obstante que ambas aguijan á un fin de adornar y levantar á los hombres. Pintaron varios filósofos á la fortuna en varios modos, por ser en todo tan varia: cada uno la dibujó segun la halló para sí, ó la consideró en el otro. Si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio, y al que mas favorece, para mayor trabajo la guarda. Es de vidrio, instable, sin sosiego, como figura esférica en cuerpo plano: lo que hoy da, quita mañana: es la resaca de la mar, tráenos rodando y volteando, hasta dejarnos una vez en seco en las márgenes de la muerte, de donde jamás vuelve á cobrarnos, y en cuanto vivimos, obligándonos como á representantes á estudiar papeles y cosas nuevas, que salir á representar en el tablado del mundo. Cualquier vario acaecimiento la descompone y roba, y lo que deja perdido y desahuciado remedia la ciencia fácilmente. Ella es riquísima mina descubierta, de donde los que quieren pueden sacar grandes tesoros, como agua de un caudaloso rio, sin que se agote ni acabe; ella honra la buena fortuna, y ayuda en la mala; es plata en el pobre, oro en el rico, y en el príncipe piedra preciosa; en los pasos peligrosos, en los casos graves de fortuna el sabio se tiene y pasa, y el simple en lo llano tropieza y cae. No hay trabajo tan grande en la tierra, tormenta en la mar, ni temporal en el aire, que contraste á la ciencia; y así debe desear todo hombre vivir para saber, y saber para bien vivir: son sus bienes perpetuos, estables, fijos y seguros. Preguntarásme, ¿dónde va Guzman tan cargado de ciencia? ¿Qué piensa hacer con ella? ¿Para qué fin la loa con tan largas arengas, y engrandece con tales veras? ¿Qué nos quiere decir? ¿Adónde ha de parar? Por mi fe, hermano mio, á dar con ella en un esporton, que fué la ciencia que estudié para ganar de comer, que es una buena parte de ella, pues *quien ha oficio, ha beneficio,* y el que otro no sabia para pasar la vida, tanto lo estimé

para mí en aquel tiempo, como en el suyo Demóstenes la elocuencia, y sus astucias Ulises.

Mi natural era bueno, nací de nobles y honrados padres, no lo pude cubrir ni perder, forzoso les habia de parecer, sufriendo con paciencia las injurias, que en ellas se prueban los ánimos fuertes; y como los malos con los bienes empeoran, los buenos con los males se hacen mejores, sabiendo aprovecharse de ellos. ¿Quién dijera que tan buen servicio sacara tan mal galardon por tan inopinada y liviana ocasion? Salvo si no me dices, que anda tal el mundo, que por el mismo caso que uno es bueno, diestro en su oficio, y en él hace como debe, por eso mismo le descompone y arrincona, para que todo se yerre; ó que á los que Dios tiene predestinados, tras el pecado les envia la penitencia. ¡Ojalá fuera yo tan dichoso, y me lo castigara á cuerpo presente! Mi amo ya conmigo maleaba, que su mujer le indiguó contra mí; cualquier cerrar de ojos bastara y aprovechara poco, aunque me desvelara mucho en quitarle las ocasiones. Ya estoy en la calle arrojado, y perseguido sobre despedido, ¿qué haré? ¿dónde iré? ó ¿qué será de mí? pues á voz de ladron salí de donde estaba: ¿quién me recibirá de buena ni de mala gana? Acordéme en aquella sazon de mis trabajos pasados, como hallaron puerto en una espuerta. *Buñolero solia ser, volvíme á mi menester;* no me pesó de haberlos tenido, pues así me socorrí de ellos, y es bien á veces tomarlos de voluntad para que no cansen tanto los forzosos en la necesidad; y pues nunca pueden faltar, justo es enseñarse á tenerlos, para mejor saber sufrirlos cuando vengan; además, que humillan á los hombres á cosas en que despues hallan fruto. No hay trabajo tan amargo que (si quieres) no saques de él un fin dulce, ni descanso tan dulce con que puedas dejar de temer un fin amargo, salvo en el de la virtud. Si como estaba tan á mi gusto acomodado, antes no hubiera padecido trabajos, nunca en la bonanza de mi sollastria supiera navegar en saliendo de la cocina, como piloto de agua dulce, ni hallara tan á la mano de qué me socorrer; ¿qué fuera entonces de mí? ¿No consideras, qué turbado, qué afligido estaria, y qué triste, quitado el oficio, sin saber de qué valerme, ni rincon adonde abrigarme? Con cuanto gané, jugué y hurté, ni compré juro, censo, casa ni capa, ó cosa con que me cobijar: habíase todo ido entrada por la salida, comido por servido, jugado por ganado, y frutos por pension. *Del mal el menos:* con todas estas desdichas mi caudal estaba en pié, la vergüenza perdida, que al pobre no le es de provecho tenerla, y cuanta menos poseyere, le dolerán menos los yerros que hiciere. Ya me sabia la tierra, y habia dineros para esporton, mas antes de resolverme á volverle al hombro, visitaba las noches y á medio dia los amigos y conocidos de mi amo, si alguno por ventura quisiera recibirme, porque ya sabia un poquillo, y holgara saber

algo mas, para con ello ganar de comer : algunos me ayudaban, entreteniéndome con un pedazo de pan : debieron de oir tales cosas de mí, que á poco tiempo me despedian, sin querer acojerme : donde la fuerza oprime, la ley se quiebra. Con estas diligencias cumplia á lo que estaba obligado, para no poder acusarme á mí mismo que volvia á lo pasado, huyendo del trabajo; y te prometo, que lo amaba entonces porque tenia de los vicios experiencia, y sabia cuanto es uno mas hombre que los otros, cuanto era mas trabajador, y por el contrario con el ocio. Mas no pude ya otra cosa, no sé qué puede ser, que deseando ser buenos nunca lo somos, y aunque por horas lo proponemos, en años nunca lo cumplimos, ni en toda la vida salimos con ello; y es porque no queremos, ni nos acordamos de mas de lo presente. Comencé á llevar mis cargos, comia lo que me era necesario, que nunca fué mi Dios mi vientre, y el hombre no ha de comer mas de para vivir lo que basta, y excediendo es brutalidad, que la bestia se harta para engordar. De esta manera, comiendo con regla, ni entorpecia el ánimo, ni enflaquecia el cuerpo, no criaba malos humores, tenia salud, y sobrábanme dineros para el juego. En el beber fuí templado, no haciéndolo sin mucha necesidad, ni demasiado, procurando ajustarme con lo necesario, así por ser natural mio, como parecerme malo la embriaguez en mis compañeros, que privándose del sentido y razon de hombres, andaban enfermos, roncos, enfadosos de aliento y trato, y los ojos encarnizados, dando traspiés y reverencias, haciendo danzas con los cascabeles en la cabeza, echando contrapasos atrás y adelante, y sobre toda humana desventura, hecho fiesta de muchachos, risa del pueblo, y escarnio de todos. Que los pícaros lo sean, andar, son pícaros, y no me maravillo, pues cualquier bajeza les entalla, y se hizo á su medida, como á escoria de los hombres; ¿pero que los que se estiman en algo, los nobles, los poderosos, los que debian ser abstinentes lo hagan? Que el religioso se descomponga el grueso de un pelo en ello, no solamente digo descomponga, pero aun llegar á la raya de poderse notar en semejante vituperio, digan ellos mismos lo que sienten cuando sienten, si no es que, para llevar el absurdo adelante, se disculpan con locuras, y trayendo consecuencias, que cometido un yerro dan en doscientos; mas para sí todos entienden la verdad. Afrentosa cosa es tratar de ello, infamia usarlo, bellaquería paliarlo, cosa indigna de hombres no abominarlo.

Teníamos en la plaza junto á Santa Cruz nuestra casa propia, comprada y reparada de dinero ajeno : allí eran las juntas y fiestas : levantábame con el sol; acudia con diligencia por aquellas tenderas y panaderos, entraba en la carnicería, hacia mi agosto las mañanas para todo el dia. Dábanme los parroquianos que no tenian mozo que les llevase la comida : hacíalo fiel y diligentemente, sin faltarles un cabello; acreditéme mucho en el oficio, de manera, que á mis compañeros faltaba, y á mí me sobraba para un teniente que siempre me allegaba. Entonces éramos pocos, y andábamos de vagar; agora son muchos, y todos tienen en qué ocuparse, y no hay estado mas dilatado que el de los pícaros, porque todos dan en serlo, y se precian de ello. A esto llega la desventura; hacer de las infamias bizarría, y honra de las bajezas, y de las veras burla.

Sucedió que se dieron conductas á ciertos capitanes, y luego que acontece lo tal, se publica en el pueblo, y en cada corrillo y casa se hace consejo de Estado. La de los pícaros no se duerme, que tambien gobierna como todos, haciendo discursos, dando trazas y pareceres : no entiendas que por ser bajos en calidad han de alejarse mas los suyos de la verdad, ó ser menos ciertos : engáñaste de veras, que es antes al contrario, y acontece saber ellos lo esencial de las cosas, y hay razon para ello; porque en cuanto al entendimiento, algunas y muchas hay, que si lo acomodasen lo tienen bueno, pues como anden todo el dia de una en otra parte, por diversas calles y casas, y sean tantos, y anden tan divididos, oyen á muchos muchas cosas; y aunque suelen decir, que *cuantas cabezas tantos pareceres,* y si uno ó un ciento disparan, diciendo locuras donosas, otros discurren con prudencia; nosotros, pues (recogido todo lo de todos), en cuanto se cenaba referíamos lo que en la corte pasaba; además, que no habia bodegon ó taberna donde no se hubiera tratado de ello y lo oyéramos, que allí tambien son las aulas y generales de los discursos, donde se ventilan cuestiones y dudas, donde se limita el poder del Turco, reforman los consejos, y culpan á los ministros : últimamente, allí se sabe todo, se trata en todo, y son legisladores de todo, porque hablan todos por boca de Baco, teniendo á Ceres por ascendiente, conversando de vientre lleno, y si el mosto es nuevo hierve la tinaja. Con lo que allí aprendíamos, venia despues á tratar nuestra junta de lo que nos parecia. Esta vez acertamos en decir que aquestas compañías marcharian la vuelta de Italia: fuése verificando el caso, porque arbolaron las banderas por la Mancha adentro, subiéndose desde Almodovar y Argamasilla por los márgenes del reino de Toledo, hasta subir á Alcalá de Henares y Guadalajara, yéndose siempre acercando al mar Mediterráneo. Parecióme muy buena ocasion para la ejecucion de mis deseos, que con crueles ansias me espoleaban á hacer este viaje, por conocer mi sangre, y saber quiénes y de qué calidad eran mis deudos; mas estaba tan roto y despedazado, que el freno de la razon me hacia parar á la raya, pareciéndome imposible efectuarse; pero nunca me desvelaba en otra cosa : en esta iba y venia, sin poder apartarla de mí : de dia cavaba en ello, y de noche lo soñaba; y si tiene lugar el proverbio del Romano, *si quieres ser papa,*

estámpalo en la testa, en mí se verificó, que andando en este cuidado solícito, dándole mil trasiegos, me senté á un lado de la plaza, junto á una tendera, donde solia ser mi puesto y de mi teniente; y estando con la mano en la mejilla, determinando de pasar aunque fuera por mochilero, si mas no pudiera, y aun segun estaba me sobraba, oí decir: ¿Guzman, Guzmanillo? Volví el rostro á la voz, y sentí que un especiero debajo de los portales de junto á la carnicería me llamaba: hízome señas con la mano que fuese allá: levantéme por ver qué me queria; díjome: Abre ese esporton. Echóme dentro cantidad de dos mil y quinientos reales en plata y en oro, y en cuartos pocos. Preguntéle: ¿A qué calderero llevamos este cobre? Díjome: ¿Cobre le parece al pícaro? Alto, aguije, que lo voy á pagar á un mercader forastero que me vendió algunas cosas para la tienda. Esto me decia, mas yo en otro pensaba, que era cómo darle cantonada: porque no la alegre nueva del parto deseado llegó al oido del amoroso padre, ni derrotado marinero con tormentas descubrió de improviso el puerto que buscaba, ni el rendido muro al famoso capitan que le combate, le dió tal alegría, ni tuvo tan suave acento, cual en mi alma sentí oyendo aquella dulce y sonora voz de mi especiero: ABRE ESA CAPACHA. ¡Gran palabra! letras que de oro se me estamparon en el corazon, dejándolo colmado de alegría, y mas cuando las calificaron, poniéndome actualmente en quieta y pacífica posesion de lo que creí habia de ser mi remedio. Desde aquel venturoso punto comencé á dispensar de la moneda, trazando mi vida: cargué con ella, fingiendo pesar mucho, y me pesaba mucho mas, de que no era mas. Mi hombre comenzó á andar por delante, y yo á seguirle, con increible deseo de hallar algun aprieto ó concurso de gente en alguna calle, ó llegar en alguna casa donde hacer mi hecho: deparóme la fortuna á la medida del deseo una como así me la quiero; pues entrando por la puerta principal, salí tres calles de allí por un postigo, y dando bordos de esquina en esquina, el paso largo y no descompuesto, para no dar nota, las fuí trasponiendo con lindo aire hasta la puerta de la Vega, donde me dejé ir descolgando hácia el rio, atravesé la Casa del Campo, y ayudado de la noche, caminé por entre la maleza de los álamos, chopos y zarzas una legua de allí. En una espesura hice alto, para con maduro consejo pensar en lo por venir, cómo fuese de fruto lo pasado; que no basta comenzar bien, ni ir bien al medio, si no se acaba bien: de poco sirven buenos principios, y mejores medios, no saliendo prósperos los fines. ¿De qué provecho hubiera sido el hurto, si me hallaran con él, sino perderle, y á vueltas de él quizá las orejas, y haber comprado un cabo de año si tuveria edad? Allí entré en acuerdo de lo que fuera bien hacer; busqué donde el agua tenia mas fondo en la mayor espesura, y en ella hice un hoyo, y en las telas de mis calzones y sayo, envuelta la moneda,

la metí, cubriéndola muy bien de arena y piedras por defuera: puse una señal, no porque me descuidase, que allí residí á la vista por casi quince dias; pero para no turbarme despues, buscándola dos piés mas adelante ó atrás, que fuera morirme si cuando metiera la mano dejara de asentarla encima, en especial, que algunas noches me alargaba de allí á los lugares de la comarca por viandas para tres ó cuatro dias, volviendo luego á mi albergue, ensotándome en saliendo el sol por aquel bosque del Pardo. De esta manera me entretuve en tanto que desmentí las espías y cuadrilleros, que sin duda debieron de ir tras de mí. Así se perdió el rastro, y pareciéndome que todo estaria seguro, para poder mudar el rancho y marchar, hice un pequeñuelo lio de los forros viejos que del sayuelo me quedaron, donde metí envuelta la sangre de mi corazon; quedóme solo el viejo lienzo de los calzones, un juboncillo desharrapado, y una rota camisa; pero todo limpio, que lo habia por momentos lavado: quedé puesto en blanco, muy acomodado para la danza de espadas de los hortelanos. Anduve á escojer un par de garrotillos lisos; del uno colgué á las espaldas el precioso fardo, el otro llevé por bordon en la mano: ya cansado y harto de estar hecho conejo en aquel vivero, temeroso que una guarda, ó cualquier que allí me viera residir de asiento no tomase de mí mala sospecha, comencé á caminar de noche á oscuras por lugares apartados del camino real, tomando atraviesas, trochas y sendas por medio de la Sagra de Toledo, hasta llegar dos leguas de él á un soto que llaman Azuqueica, que amanecí en él una mañana. Metíme á la sombra de unos membrillos para pasar el dia; halléme sin pensar junto á mí un mocito de mi talle; debia de ser hijo de algun ciudadano, que con tan mala consideracion como la mia, se iba de con sus padres á ver mundo. Llevaba liado su hatillo; y como era caballero novel, acostumbrado á regalo, la leche en los labios, cansábase con el peso, que aun á sí mismo se le hacia pesado llevarse. No debia tener mucha gana de volver á los suyos, ni de ser hallado de ellos: caminaba como yo, de dia por los jarales, de noche por los caminos, buscando madrigueras. Dígolo, porque desde que allí llegamos hasta el anochecer, que nos apartamos, no salió de donde yo. Cuando se quiso partir, tomando á peso el fardo, lo dejó caer en el suelo, diciendo: Maldígate Dios, si no estoy por dejarte. Ya nos habíamos de antes hablado y tratado, pidiéndonos cuenta de nuestros viajes, y de dónde, quién eramos. Él me lo negó, yo no se lo confesé, que por mis mentiras conocí que me las decia: con esto nos pagamos; lo que mas pude sacarle fué descubrirme su necesidad. Viendo, pues, la buena coyuntura, y disgusto que con el cargo llevaba, y mayor con el poco peso de la bolsa, parecióme seria ropa de vestir. Preguntéle, ¿qué era lo que allí llevaba, que tanto le cansaba? Díjome: Unos vestidos. Tuve buena entrada para mis deseos, y díjele: Gentil-

hombre, daríaos yo razonable consejo, si lo quisiéredes tomar. Él me rogó se lo diese, que siendo tal, me lo agradeceria mucho. Volvíle á decir : Pues vais cargado de lo que no os importa, deshaceos de ello, y acudid á lo mas necesario : ahí llevais esa ropa, ó lo que es, vendedla, que menos peso y mas provecho podrá haceros el dinero que sacáredes de ella. El mozo replicó discretamente (que son de buen ingenio los Toledanos) : Ese parecer bueno es, y lo tomara; mas téngolo por impertinente en este tiempo, y consejo sin remedio es cuerpo sin alma: ¿qué me importa quererlo vender, si falta quien me lo pueda comprar? A mí se me ofrece causa para no entrar en poblado á hacer trueco, ni venta, ni alguno que no me conozca querrá comprarlo. Luego le pregunté, ¿qué piezas eran las que llevaba? Respondióme : Unos vestidillos para remudar con este que tengo puesto. Preguntéle la color, y ¿si estaba muy traido? Respondió, que era de mezcla, y razonable. No me descontentó, que luego le ofrecí pagárselo de contado si me viniese bien. El mozo se puso pensativo á mirarme, que en todo cuanto llevaba no pudieran atar una blanca de canela, ni valia un comino, y trataba de ponerle su ropa en precio. Esta imaginacion fué mia, que le debió de pasar al otro, y que debia de ser algun ladroncillo que le queria burlar; porque estuvo suspenso, regateando si lo enseñaria ó no, que de mi talle no se podia esperar ni sospechar cosa buena. Esta diferencia tiene el bien al mal vestido, la buena ó mala presuncion de su persona, y cual te hallo tal te juzgo, que donde falta conocimiento, el hábito califica; pero engaña de ordinario, que debajo de mala capa suele haber buen vividor. En el punto entendí su pensamiento como si estuviera en él, y para reducirle á buen concepto, le dije: Sabed, señor mancebo, que soy tan bueno, é hijo de tan buenos padres como vos; hasta agora no he querido daros cuenta de mí, mas porque perdais el recelo pienso dárosla. Mi tierra es Burgos, de ella salí como salís, razonablemente tratado, hice lo que os aconsejo que hagais; vendí mis vestidos donde no los hube menester, y con la moneda que de ellos hice y saqué de mi casa, los quiero comprar donde de ellos tengo necesidad; y trayendo el dinero guardado, y este vestido desarropado, aseguro la vida, y paso libremente, que al hombre pobre ninguno le acomete, vive seguro, y lo está en despoblado, sin temor de ladrones que le dañen, ni de salteadores que le asalten : si os place, vendedme lo que no habeis menester; y no os parezca que no lo podré pagar, que sí puedo. Cerca estoy de Toledo, á donde es mi viaje; holgaria entrar algo bien tratado, y no con tan vil hábito como llevo. El mozo deshizo su lio, sacó de él un herreruelo, calzones, ropilla, dos camisas y unas medias de seda, como si todo se hubiera hecho para mí : concertéme con él en cien reales; no valia mas, que aunque estaba bien tratado el paño no era fino; descosí por un lado mi

envoltero, y de él saqué los cuartos que bastaron, que no le dió poca mohina cuando reconoció la mala moneda, porque iba huyendo de carga y no podia excusarla; mas consolóse que era menor que la pasada, y mas provechosa para cualquier acontecimiento. De allí nos despedimos, él se fué con la buena ventura, y yo (aunque tarde) aquella noche me entré en Toledo.

CAPÍTULO VIII.

Como Guzman de Alfarache, vistiéndose muy galan en Toledo, trató amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas, y las burlas que le hicieron, y despues en Malagon.

Suelen decir vulgarmente, que *aunque vistan á la mona de seda, mona se queda* : esta es en tanto grado verdad infalible, que no padece excepcion. Bien podrá uno vestirse un buen hábito, pero no por él mudar el malo que tiene : podria entretener y engañar con el vestido, mas él mismo fuera desnudo. Presto me pondré galan y en breve volveré á ganapan, que el que no sabe con sudor ganar, fácilmente se viene á perder, como verás adelante. Lo primero que hice á la mañana fué reformarme de jubon, zapatos y sombrero; al cuello del herreruelo le hice quitar el tafetan que tenia, y echar otro de otra color : reparé la ropilla de botones nuevos, quitéle las mangas de paño, y púseselas de buen tafetan, con que á poca costa lo desconocí todo, con temor que por mis pecados ó desgracia no cayera en algun lazo donde viniera á pagar lo de antaño y lo de ogaño; que buscando al mozuelo, no me vieran sus vestidos, y achacándome haberle muerto para robarle, me le pidieran por nuevo, y que diera cuenta de él. Así anduve dos dias por la ciudad, procurando saber dónde ó en qué lugar hubiese compañías de soldados : no supo alguno darme nueva cierta; andábame azotando el aire. Al pasar por Zocodover (aunque lo atravesaba pocas veces y con miedo, y si salia de la posada era mal y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ser espiado si fuera conocido) veo atravesar de camino en una mula un gentilhombre para la corte, tan bien aderezado, que me dejó envidioso. Llevaba un calzon de terciopelo morado, acuchillado, largo en escaramuza, y aforrado en tela de plata, el jubon de tela de oro, coleto de ante, con un bravato pasamano milanés, casi de tres dedos en ancho; el sombrero muy galan, bordado, y bien aderezado de plumas, un trencillo de piezas de oro, esmaltadas de negro, y en cuerpo. Lle-